

REVISTA

de la

C E P A L

NUMERO 55

ABRIL 1995

SANTIAGO DE CHILE

ANIBAL PINTO

Director

EUGENIO LAHERA

Secretario Técnico



NACIONES UNIDAS

SUMARIO

| | |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|------------|
| Una síntesis de la propuesta de la CEPAL | 7 |
| <i>Eugenio Lahera, Ernesto Ottone y Osvaldo Rosales</i> | |
| Consolidación de la paz después de los conflictos: un desafío para las Naciones Unidas | 27 |
| <i>Graciana del Castillo</i> | |
| Descentralización y democracia: el nuevo municipio latinoamericano | 41 |
| <i>Eduardo Palma</i> | |
| Economía política del proteccionismo después de la Ronda Uruguay | 55 |
| <i>José Tavares</i> | |
| Política comercial e inserción internacional. Una perspectiva latinoamericana | 65 |
| <i>Marta Bekerman y Pablo Sirlin</i> | |
| Movimientos de capital y financiamiento externo | 79 |
| <i>Benjamín Hopenhayn</i> | |
| Impacto de la política cambiaria y comercial sobre el desempeño exportador en los años ochenta | 93 |
| <i>Graciela Moguillansky</i> | |
| Situación y perspectivas ambientales en América Latina y el Caribe | 107 |
| <i>Nicolo Gligo</i> | |
| Expectativas de la juventud y el desarrollo rural | 123 |
| <i>Martine Dirven</i> | |
| Empresas transnacionales y cambios estructurales en la industria de Argentina, Brasil, Chile y México | 139 |
| <i>Ricardo Bielschowsky y Giovanni Stumpo</i> | |
| El Salvador: política industrial, comportamiento empresarial y perspectivas | 165 |
| <i>Roberto Salazar</i> | |
| El cambio tecnológico en los análisis estructuralistas | 183 |
| <i>Armando Kuri</i> | |
| Orientaciones para los colaboradores de la Revista de la CEPAL | 191 |
| Publicaciones recientes de la CEPAL | 193 |

El cambio tecnológico *en los análisis* estructuralistas

A Fernando Fajnzylber
In memoriam

Armando Kuri Gaytán

*Profesor Asociado, Facultad
de Economía, Universidad
Nacional Autónoma de
México.*

Este artículo analiza el enfoque con que la CEPAL ha abordado el tema de la tecnología. Para ello identifica dos períodos. El primero va del surgimiento de la CEPAL hasta los años setenta; corresponde a los esfuerzos por lograr la industrialización latinoamericana a través, fundamentalmente, de la sustitución de importaciones y se caracterizó por lo que en el trabajo se denomina una “pasividad tecnológica” tanto de los agentes como del pensamiento económico dominante en la región. El segundo período, que va de los años ochenta a la fecha, se caracteriza por un “activismo tecnológico”, producto tanto de la llamada Tercera Revolución Industrial, con sus fuertes repercusiones en la economía mundial, como de un viraje en el pensamiento cepalino, cuya preocupación central pasan a ser los factores determinantes del progreso técnico y de la competitividad, así como la equidad en el reparto de los frutos de dicho progreso, aspecto en el que retoma las ideas de Raúl Prebisch y Aníbal Pinto.

I

Introducción

La dedicación de la CEPAL a las cuestiones relativas al progreso técnico o, si se quiere, a ciencia y tecnología, reviste facetas algo paradójicas. De un lado, a la luz de sus trabajos y documentos, parece claro que el tema no ha sido una de sus inquietudes principales. Desde otra mira, sin embargo, no cabe duda de que el asunto constituye uno de los pilares teóricos de lo que genéricamente se denomina pensamiento de la CEPAL.

Aníbal Pinto

Del mismo modo que en las corrientes clásica, marxista y schumpeteriana, el análisis del cambio tecnológico que realiza la escuela estructuralista-cepalina está estrechamente vinculado al proceso de desarrollo económico y social, sólo que a partir de las especificidades del caso latinoamericano desde la segunda posguerra a la fecha. En efecto, el cambio tecnológico, lejos de ser visto como algo autónomo e independiente, es considerado parte sustancial de la estrategia de desarrollo y, por ende, con fuertes posibilidades de influir —junto con otros elementos— en la determinación de dicha estrategia.

Para América Latina, que es en donde surgen y desde donde se propagan las ideas cepalinas a fines de los años cuarenta, el objetivo era en ese entonces la industrialización bajo la modalidad de la sustitución de importaciones, cuya evaluación global¹ no es el fin del presente ensayo, salvo en la medida en que permita explicar aspectos del tema fundamental que se está tratando: el cambio tecnológico. Y uno de esos aspectos es, indudablemente, la heterogeneidad estructural que resulta del tipo de industrialización seguido por la región, así como del patrón tecnológico que lo acompañó. Es a partir precisamente de esa notable heterogeneidad que hoy en día se debe discutir el tema de las opciones tecnológicas abiertas a América Latina en los próximos años.

Finalmente, se hace referencia en el presente trabajo a dos etapas claramente diferenciadas a lo largo

de las más de cuatro décadas de vigencia del pensamiento cepalino y que atañen directamente al cambio tecnológico: la primera, que corre desde sus inicios hasta los años setenta, es caracterizada por lo que se podría calificar de “pasividad tecnológica” tanto de los agentes internos (Estado y empresarios) como del pensamiento económico dominante; la segunda etapa comienza en los años ochenta y representa un viraje importante en las actitudes, ahora críticas, del Estado y parte del sector empresarial hacia la pasividad tecnológica previa. Y también, de manera muy destacada, en el pensamiento económico cepalino, que promueve lo que podría denominarse un “activismo tecnológico” como la forma idónea para que América Latina alcance niveles de productividad que le permitan competir en una economía mundial cada vez más abierta y globalizada.

El artículo aborda en primer lugar el pensamiento tradicional cepalino —desarrollado fundamentalmente por R. Prebisch y A. Pinto—, que impulsó y acompañó la industrialización sustitutiva de importaciones, causando una gran heterogeneidad estructural y un fuerte proceso de concentración de los frutos del progreso técnico. Y en seguida se refiere al pensamiento cepalino contemporáneo, representado principalmente por los aportes de F. Fajnzylber, que otorga al desarrollo científico-tecnológico el papel de núcleo en torno al cual girarán los demás elementos del sistema en la búsqueda de un verdadero proceso de desarrollo económico y social.

□ Este trabajo fue presentado en el Seminario Innovación, Difusión y Competitividad realizado el 2 y 3 de diciembre de 1993 en el Centro para la Innovación Tecnológica (CIT) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Se agradece los comenta-

rios de todos los participantes en el seminario y particularmente los de Sergio de la Peña y Miguel Ángel Lara, aunque la responsabilidad final es sólo del autor.

¹ Un intento en este sentido puede encontrarse en Kuri, 1991.

II

Heterogeneidad estructural y concentración de los frutos del progreso técnico

El proceso de industrialización latinoamericano tuvo, en un sentido o en otro, fuertes repercusiones en la región durante las tres décadas que siguieron al final de la segunda guerra mundial. Como aspecto positivo, es indudable que hubo un importante avance que se tradujo en aumentos de la producción industrial y del producto por habitante, caída de la mortalidad infantil y creación de infraestructura para atender a las necesidades de vivienda, educación y salud de las grandes urbes, con su emergente clase media a la cabeza (Hirschman, 1987). En este sentido, cabe destacar la gran transformación de la estructura económica y social de la región, que de ser un espacio fundamentalmente agrario se convirtió rápidamente en uno urbano-industrial.

El Estado no fue ajeno a estas modificaciones, así como tampoco lo fue el naciente pensamiento cepalino de fines de los cuarenta. En efecto, este último se convirtió en el paradigma dominante y su influencia en el futuro de América Latina, para bien y para mal, iba a ser decisiva. A través de un fuerte aparato estatal interventor y planificador del desarrollo, las ideas cepalinas en torno a la industrialización como pivote del crecimiento fueron tomando cuerpo.

En todos los terrenos, pero particularmente en los ámbitos comercial e industrial, se dejó sentir esta influencia. El objetivo central era atacar las causas del atraso en la región que se debían, según esta visión, a la carencia de un desarrollo industrial capaz de remontar la relación centro-periferia, con sus términos de intercambio siempre negativos para esta última. De aquí derivó el afán industrializador y los medios para buscarlo serían la política de protección y la de fomento industrial, principalmente.

Es en esta perspectiva que debe entenderse la importancia asignada a la sustitución de importaciones como estrategia idónea: se supuso que lo sería por la coyuntura internacional y quizá también porque se subestimaron los retos que la industrialización avanzada traería consigo más adelante. Esto sin contar los efectos perniciosos que las propias medidas de fomento de la primera etapa sustitutiva provocaron. Entre dichos efectos destacó, sin duda, el de la crea-

ción de una estructura industrial poco competitiva y desintegrada, en virtud de una política proteccionista a ultranza que brindaba un mercado cautivo a los empresarios, evitándoles así toda preocupación por mejorar su productividad.

En este mismo sentido obró el apoyo estatal mediante subsidios fiscales, crediticios y de precios de los bienes públicos; todo esto redundó en mayores ganancias a costa de un creciente déficit gubernamental, lo que fue alimentando un problema que a la larga resultó insostenible y sobre el cual ha habido un intenso debate en los últimos años: la participación del Estado en la economía (Ibarra, 1990). Un tercer efecto de las políticas de fomento industrial, cuya relación con el tema que nos ocupa es más directa, fue la configuración de un patrón de desarrollo tecnológico fundamentalmente imitativo y sin posibilidades —dado que ni el Estado ni los empresarios se lo propusieron— ya no digamos de creación, sino ni siquiera de algún grado de adaptación que permitiera cierto control interno en la materia.

Por el contrario, fue a la inversión extranjera a la que se le dio el papel de dinamizador tecnológico al permitírsele el ingreso indiscriminado a los sectores de avanzada, lo que en un primer momento hizo suponer que existía un dualismo tecnológico en la estructura productiva latinoamericana.

Fue Aníbal Pinto (1976) quien desechó esta hipótesis al considerar que explicaba más las condiciones del período primario-exportador que el de la industrialización. En este último, al contrario de aquél, no sólo se dan notables diferencias entre los distintos sectores de la economía (que no son sólo dos), sino que se establecen entre ellos importantes relaciones de diverso tipo que van a condicionar su desarrollo, algo que en el dualismo no era posible (CEPAL, 1974). En tal sentido, y en un intento de reflejar esta situación más compleja, es que Pinto propone la categoría de "heterogeneidad estructural".

Esta categoría marca los rasgos del tipo de industrialización seguido y va a determinar la concentración de los frutos del progreso técnico si a los mayores incrementos de productividad en los centros

no sigue un descenso en los precios de los bienes manufacturados, sino al contrario un aumento del ingreso por encima del de la productividad. Esto significa que los países centrales no sólo retienen los frutos de su progreso técnico sino que también se llevan parte del de la periferia, ya que en ésta el ingreso crece menos que la productividad (Pinto, 1965).

De lo anterior se desprende que el incremento del ahorro interno se verá disminuido en relación a las necesidades de inversión en tecnología moderna, lo que tenderá a perpetuar la brecha tecnológica entre los países centrales y los periféricos. Ya desde los inicios de la CEPAL esto fue advertido por Prebisch (1949) cuando señaló que un siglo atrás, cuando los países centrales tenían niveles de ingreso bajos, también era baja la necesidad de capital por hombre ocupado para invertir en los sectores tecnológicamente modernos de la época.

Por el contrario, ya desde mediados del siglo XX el ahorro en la periferia era insuficiente para invertir en tecnología moderna. Esto se vio agravado en las décadas siguientes por la rapidez del cambio tecnológico, que no fue acompañado por un dinamismo igual en los niveles de ingreso, ahorro e inversión, y sí, contrariamente, por una disminución importante de estos indicadores durante la llamada “década perdida” de los años ochenta.

Lo anterior indica que si bien América Latina tuvo a su alcance el acervo tecnológico existente en los países avanzados, le fue imposible acceder a él. En esto los países latinoamericanos han estado lejos de aquellos que históricamente han sabido aprovechar las llamadas “ventajas del atraso” para aproximarse al país líder e incluso quitarle el liderazgo, tal como lo muestra Maddison (1986) para Inglaterra en el siglo XVIII, Estados Unidos en el XIX y Japón en el XX. Sin duda que el atraso de nuestra región se ha debido a factores mucho más profundos —o estructurales, en la jerga cepalina—, que lejos de convertirse en ventaja han funcionado claramente como desventaja.

Pero intentando redondear la perspectiva que sobre el cambio técnico desarrolló el pensamiento cepalino de la primera época, habría que insistir en que para éste resulta fundamental no perder de vista que el progreso técnico es un tema que adquiere su real dimensión cuando se analiza su evolución en un determinado contexto social e institucional, es decir, teniendo muy claro para qué, para quién y cómo se va a emplear el potencial tecnológico (Pinto, 1976). Esta perspectiva intenta prevenir contra una suerte de fetichismo tecnológico que hace recaer todas las po-

sibilidades o, por el contrario, todos los males en el cambio técnico.

En este sentido, los resultados de la estrategia tecnológica elegida en un momento dado dependerán del estilo de desarrollo en el cual se inscriba. Si éste es de tal naturaleza que propicia la heterogeneidad estructural, como ocurrió en América Latina durante los últimos 50 años, entonces la tecnología utilizada, lejos de evitarlos, reforzará los desequilibrios intersectoriales e intrasectoriales, regionales y externos, agudizando los problemas de empleo y distribución del ingreso (Pinto, 1976).

Es por ello que la conclusión a que se llega es que la alternativa está en la adopción de un estilo de desarrollo en el que “... a las fuerzas centrípetas que alimentan la concentración del progreso técnico y de sus beneficios debe sucederlas un impulso hacia su sostenida difusión del sistema productivo, a la atenuación sensible de los desequilibrios regionales y urbanos-rurales, a la integración interna, a nuevas formas, menos precarias y más fecundas, de relación exterior y, sobre todo y finalmente, a una mejor distribución del ingreso.” (Pinto, 1976).

No obstante que el papel otorgado a la política tecnológica es hasta cierto punto pasivo² en tanto se le hace depender del estilo de desarrollo, se reconoce el rol de vanguardia que podría desempeñar cuando se afirma que “...es evidente que la política tecnológica no deberá aguardar pasivamente la definición completa o rotunda de una nueva orientación sobre el desarrollo, sino ir estableciendo las bases para su propia reformulación” (Pinto, 1976).

Esto último parece revelar claramente la ambivalencia del pensamiento cepalino que se intentó reflejar desde el epígrafe con que se da inicio a este trabajo. Si a este rasgo se agrega otro que resulta de gran importancia —el hecho de que en esta primera etapa, más que por los determinantes del progreso técnico, la CEPAL se preocupó del problema de la distribución de los frutos de dicho progreso (Rodríguez, 1991)—, se tendrá una visión panorámica de los aciertos y debilidades que exhibió la reflexión estructuralista sobre la tecnología hasta los años setenta. Esto permitirá abordar, en la sección III, la actualización del pensamiento cepalino durante los años ochenta, a la luz tanto de la década perdida como del gran avance de las nuevas tecnologías.

² El progreso técnico, señala Pinto (1976), “resulta una variable dependiente. El término, sin embargo, es poco feliz en la medida que sugiere un fenómeno pasivo o reflejo. No es ni lo uno ni lo otro, como bien se sabe, por la razón poderosa de que existen influencias recíprocas entre estilo de desarrollo y quehacer tecnológico, aunque el primer elemento sea el dominante”.

III

Competitividad, progreso técnico y equidad

Si la preocupación del pensamiento cepalino tradicional fue, como se sugirió en la sección anterior, más por la apropiación de los frutos del progreso técnico que por los factores determinantes de ese progreso, serán los herederos de dicho pensamiento quienes desarrollarán esta última vertiente durante los años ochenta, sin dejar de lado la preocupación central de sus antecesores.

En efecto, producto tanto de su propia evolución como del cambiante entorno mundial, el pensamiento cepalino contemporáneo ha centrado su atención en explicar los factores que influyen en el cambio tecnológico, por considerar que este elemento es clave en la conformación de una estructura productiva más integrada y competitiva. Si bien el acento se ha puesto en el sector industrial, por ser el más directamente ligado al desarrollo tecnológico, no por ello dejan de estar presentes en la reflexión cepalina otros componentes estructurales que en conjunto van a determinar el nivel de competitividad.

Uno de los autores que en América Latina desarrolló la noción de competitividad estructural con mayor profundidad fue F. Fajnzylber (1988 y 1989b), quien desprendió sus hipótesis de exhaustivos análisis comparativos de las experiencias tanto de los países más industrializados de Europa, Estados Unidos y Japón, como de los del Sudeste asiático, de los nórdicos y de los europeos de menor industrialización, con la idea de extraer lecciones que pudiesen servir para que América Latina tuviese éxito en la búsqueda de altos niveles de competitividad, progreso técnico y equidad.

Señala este autor que desde “una perspectiva de mediano y largo plazo la competitividad consiste en la capacidad de un país para sostener y expandir su participación en los mercados internacionales, y elevar simultáneamente el nivel de vida de su población. Esto exige el incremento de la productividad y, por ende, la incorporación del progreso técnico.(...) las diferencias en la inserción internacional obedecen en medida importante a factores de carácter estructural que afectan, incluso, las modalidades y los resultados de las estrategias nacionales, y al uso que cada país hace de los instrumentos específicos de política económica e industrial” (Fajnzylber, 1988).

Básico en el esquema interpretativo de este autor es la diferencia que hace entre dos tipos de competitividad: la espuria y la auténtica. Mientras la primera se presentaría en el marco de una caída del gasto en investigación y desarrollo tecnológico, de la inversión y del ingreso per cápita, tal como ocurrió durante los años ochenta en América Latina, la competitividad auténtica involucraría la incorporación de progreso técnico, es decir, requeriría un marco en el que las variables antes señaladas fuesen positivas y tendieran al alza. El esquema analítico en su conjunto tiene dos componentes: el núcleo básico, integrado por la estructura agraria, el sistema industrial, los patrones de consumo e inversión y la equidad; y los factores que van a condicionar la dinámica del núcleo básico, como la dotación de recursos naturales, las tendencias demográficas, la capacidad del empresariado nacional, el desarrollo del conocimiento científico y tecnológico, la inversión extranjera directa, el sistema financiero y el patrón de consumo internacional (Fajnzylber, 1989b).

De la interacción de todos estos elementos dependerá la creación de un círculo virtuoso acumulativo que lleve al sistema hacia una dinámica de crecimiento, competitividad y equidad con creciente incorporación de progreso técnico, tal y como ha ocurrido en Europa, Japón y los países nórdicos. Cuando dicha interacción no se da plenamente, se generan algunos problemas, como en Estados Unidos con la competitividad o en el Sudeste asiático con la equidad; pero cuando la sinergia falla casi completamente, lo que se crea es un círculo vicioso que impide ya no sólo el logro de esos objetivos en su conjunto, sino inclusive el de alguno de ellos por separado. Este es el caso de América Latina, cuya notable heterogeneidad y desarticulación productiva es prueba de que los logros han sido parciales y muy aislados, dando como resultado el famoso “casillero vacío” de Fajnzylber, es decir, el que ni uno solo de los países latinoamericanos haya podido conjugar hasta la fecha los objetivos de crecimiento y equidad.

En efecto, de las comparaciones presentadas por Fajnzylber (1989 a y b), basadas en las tasas de crecimiento del PIB por habitante, así como de la evolución del índice de concentración del ingreso en los

últimos 25 años, resulta que mientras países como Sri Lanka, Indonesia, Egipto o Tailandia —por no mencionar a China, la República de Corea, Hong Kong, Israel o España— han realizado su proceso de desarrollo combinando el crecimiento y la equidad, ninguno de los de América Latina lo ha conseguido.

Si a esto se añade otro tipo de comparaciones —por ejemplo, la de la participación metalmeccánica y química³ en el valor agregado manufacturero, el coeficiente de exportación industrial o los índices de productividad— se ve con mayor claridad el rezago latinoamericano. ¿Cuáles son las causas de tan pobre desempeño productivo para el pensamiento cepalino contemporáneo?

La razón fundamental se encuentra en la industrialización sustitutiva de las importaciones seguida por la región a partir de los años cuarenta, que se basó principalmente en el aprovechamiento de los recursos naturales y en una protección indiscriminada. Esta fue calificada por Fajnzylber de 'frívola', en oposición a la que Japón, la República de Corea y la economía taiwanesa, entre otros, brindaron a sus productores y que este autor llama 'de aprendizaje', en tanto incluye transferencia tecnológica y la creación de un sólido aparato productivo con fuerte componente nacional.

Esto se comprueba al comparar la participación de las grandes empresas privadas nacionales que, a mediados de los años ochenta, sólo era de 6% en Brasil y de 3% en México, los dos países más grandes de la región. En la República de Corea y en la economía taiwanesa, en cambio, la cifra era de 96% y 28%, respectivamente (Fajnzylber, 1989a). La gran diferencia radica, por supuesto, en el tipo de política industrial, comercial y tecnológica que se puso en práctica en uno y otro lugar, así como en la interacción de los diversos agentes productivos y sociales en torno a un objetivo común, algo inexistente en América Latina.

Todo ello dio como resultado en esta región una precaria vocación empresarial que poco o nada se tradujo en la búsqueda de innovaciones en productos o procesos que incrementaran la competitividad, ya que el mercado cautivo y los subsidios que recibía el productor nacional no lo requerían. Cuando a las in-

suficiencias propias del estilo de desarrollo industrial señaladas se sumó la crisis de la deuda externa, con su secuela de políticas de ajuste ortodoxo durante los años ochenta, el resultado fue un estancamiento productivo en el mejor de los casos, cuando no un retroceso absoluto producto de las fuertes caídas en la inversión, el gasto público, los salarios reales y el PIB, lo que llevó a un fuerte aumento de la pobreza y la pobreza extrema (que afectó a más del 40% de la población y ha hecho que se califique a la pasada década como perdida en términos de desarrollo).

La salida que propone el pensamiento cepalino ante tal situación es la de una reestructuración productiva integral que gire en torno del sector industrial y, particularmente, de aquellas ramas capaces de incorporar el progreso técnico y propagarlo a la economía en su conjunto. Se parte de la idea de que en una etapa como la actual, de profundas transformaciones en todos los ámbitos —encabezadas por una incesante revolución tecnológica—, sólo se puede competir si se cuenta con un aparato productivo eficiente y con productos y servicios de calidad, lo que no es posible sin una atención prioritaria al gasto en investigación y desarrollo, y en general a la política tecnológica, industrial y comercial.

Además, influyen directamente en la competitividad estructural y por ello merecen también particular atención, factores como el sistema educativo, la capacitación laboral permanente, la gestión empresarial, el sistema financiero y un cuadro institucional que refuerce la transformación productiva y facilite la interconexión de todos los agentes involucrados para evitar la dispersión de esfuerzos tan común en la región. Estas tareas deberán ser compartidas por un sector privado moderno, dinámico e innovador y un sector público fuerte, eficiente y con plena conciencia de que su papel es clave no sólo en la conformación de un marco macroeconómico estable, sino también como pieza central de enlace entre los distintos agentes, cuya actuación deberá ser acorde con los lineamientos de una política económica que, en sus distintas facetas, tenga como fines últimos el crecimiento económico con mejores niveles de competitividad, y la equidad social.

³ "Los sectores portadores por excelencia del progreso técnico, química y bienes de capital, prácticamente no están representados

en Brasil y México mientras que representan 73% en Corea y 24% en Taiwán" (Fajnzylber, 1989a).

IV

Reflexiones finales

Al parecer existe, en términos generales, una línea de continuidad en el pensamiento cepalino desde sus inicios hasta el presente en torno al papel del progreso técnico en el desarrollo económico, aunque cada etapa presenta rasgos específicos y matices que, en lo particular, marcan algunas diferencias.

En el periodo tradicional, por ejemplo, la preocupación central fue la concentración de los frutos del progreso técnico; sin embargo, las políticas que impulsaron la industrialización ponían más el acento en el crecimiento que en la distribución: primero había que acumular y una vez conseguido esto, repartir.

Como se sabe, estas políticas llevaron a una fuerte concentración del ingreso que, al agudizarse en la década perdida, dejó a cerca de la mitad de la población latinoamericana en condiciones de marginación social. El pensamiento cepalino moderno, por lo tanto, plantea el problema de la equidad como algo consustancial al de la competitividad, y postula que la solución para ambos depende del progreso técnico.

El otro tema que liga un tanto contradictoriamente a las dos etapas del pensamiento cepalino es el de la salida que propone la corriente contemporánea al problema conjunto competitividad-equidad. Como se señaló, esa respuesta descansa en principio en el apoyo al sector industrial moderno, que es el portador de progreso técnico, para que de allí éste se difunda al resto del aparato productivo. Sin embargo, como recuerda Pinto (1989), la gran heterogeneidad estructural de este aparato podría poner en peligro tal estrategia y hacerla fracasar, ya que en otro tiempo el apoyo al sector moderno, lejos de atenuar las desigualdades, tendió a hacerlas mayores.

Por ello dicho autor recomienda que, junto con promover una mayor productividad de los sectores de

alto desarrollo tecnológico para lograr una mejor inserción en el comercio internacional, se apoye también a los demás sectores, en los cuales los requerimientos tecnológicos son mucho menores pero los resultados —en términos de una mayor homogeneidad social y productiva— probablemente sean mucho más efectivos que los del sector moderno exclusivamente.

Por último, es evidente que una política de esta naturaleza requiere de una importante, decidida y sana participación del Estado, que equilibre el funcionamiento de las fuerzas del mercado y que lleve a resultados efectivos y a plazos no muy largos en áreas vitales, como la educación y el sistema científico-tecnológico, además de proveer el marco institucional para una conjunción de los esfuerzos de los distintos agentes productivos y sociales.

Al respecto es muy ilustrativo lo que señala Aníbal Pinto respecto a la falsa disyuntiva entre el Estado neoliberal de los años ochenta y el de épocas anteriores: “Lo que sí parece meridiano y temible es que se haya difundido una especie de ‘Estado-fobia’ en reemplazo de la ‘Estado-latría’ que se arguye que habría primado en el pasado. La superación de ese falso dilema parece crucial para delinear acciones e instrumentos capaces de doblegar las fuerzas que tienden a la ‘concentración del progreso técnico y sus frutos’ según el lema cepalino” (Pinto, 1989).

Superar éste y otros falsos dilemas derivados de lo expuesto es condición *sine qua non* para que no sólo México, sino América Latina en su conjunto puedan enfrentar con alguna probabilidad de éxito su imposter-gable inserción en una economía mundial globalizada, así como los acuciantes problemas de competitividad y pobreza extrema, que quizá sean los principales retos que habrá de vencer la región en este fin de milenio.

Bibliografía

CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (1974): *Estudio económico de América Latina, 1973*, E/CN.12/974, Santiago de Chile.

Fajnzylber, F. (1988): Competitividad internacional: evolución y lecciones, *Revista de la CEPAL*, N° 36, LC/G. 1537-P, Santiago de Chile.

——— (1989a): Sobre la imposter-gable transformación producti-

va de América Latina, *Pensamiento iberoamericano*, N° 16, Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana (ICI)/CEPAL.

——— (1989b): *Industrialización en América Latina: de la “caja negra” al “casillero vacío”*, Cuadernos de la Cepal, N° 60, LC/G. 1534-P, Santiago de Chile. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta S.89.II.G.5.

Hirschman, A. (1987): *La economía política del desarrollo latino-*

- americano, *El trimestre económico*, N° 216, México, D.F., Fondo de Cultura Económica, S.A. de C.V. (FCE), enero-marzo.
- Ibarra, D. (1990): Los acomodos de poder entre el Estado y el mercado, *Revista de la CEPAL*, N° 42, LC/G. 1642-P, Santiago de Chile.
- Kuri, A. (1982): La evolución del pensamiento de la CEPAL, *Investigación económica*, N° 162, México, D.F., Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Facultad de Economía.
- (1991): Apuntes sobre las opciones de desarrollo para México y América Latina, *Comercio exterior*, vol. 41, N° 5, México, D.F., Banco Nacional de Comercio Exterior, S.N.C., mayo.
- Maddison, A. (1986): *Las fases del desarrollo capitalista, una historia económica cuantitativa*, México, D.F., El Colegio de México/FCE.
- Pinto, A. (1965): Concentración del progreso técnico y de sus frutos en el desarrollo latinoamericano, *El trimestre económico*, vol. XXXII, N° 125, México, D.F., FCE.
- (1976): La CEPAL y el problema del progreso técnico, *América Latina: una visión estructuralista*, México, D.F., UNAM, Facultad de Economía.
- (1989): Notas sobre industrialización y progreso técnico en la perspectiva Prebisch-CEPAL, *Pensamiento iberoamericano*, N° 16, Madrid, ICI/CEPAL.
- Prebisch, R. (1949): El desarrollo económico de la América Latina y sus principales problemas, E/CN.12/0089, Santiago de Chile, CEPAL.
- Rodríguez, E. (1991): La endogeneización del cambio tecnológico: un desafío para el desarrollo, O. Sunkel (comp.), *El desarrollo desde dentro: un enfoque neoestructuralista para la América Latina*, Lecturas 71, México, D.F., FCE.